

regente, cuando ya habia vislumbrado en la oscuridad que por un momento cubrió sus ojos, una luz que para él era muy brillante, y que le colmó de alegría. Asi, pues, iba diciendo mientras bajaba la escalera:

— ¡ Y yo que decia que esta conspiración llevaba en su seno mi mitra de arzobispo ! ¡ Imbécil !... en sabiéndola manejar con primor, dará á luz mi capelo de cadenal.

IX

Otra vez en Rambouillet

A la hora convenida, Gastón, en extremo impaciente, se presentó en la habitación de Elena; pero le fué preciso hacer antesala, porque la señora Desroches ponía dificultades en autorizar la visita. Mas Elena se explicó con tanta claridad como firmeza, y declaró que considerándose dueña de juzgar lo que era ó no decente, estaba decidida á recibir á su compatriota el caballero de Livry, que iba á despedirse de ella. El lector recordará que este era el nombre que Gastón habia tomado al ponerse en camino, y el que contaba llevar, excepto para aquellos con los cuales tenia que tratar el asunto que le obligaba á ir á Paris.

La señora Desroches se retiró, pues, de muy mal humor á su estancia, procurando no obstante oír la conversación de los dos jóvenes; pero temiendo Elena una sorpresa, cerró por sí misma la puerta del corredor, á la cual echó el cerrojo.

— Por fin estáis aquí, amigo mio; os esperaba

con tanta ansiedad, que no he dormido en toda la noche.

— Ni yo, Elena; pero permitidme que admire tanta magnificencia. Vos, en primer lugar, con ese primoroso traje de seda... con ese adorno en la cabeza... ¡ Qué hermosa estáis así !

— No me parece que esto os lisonjea mucho.

Gastón no contestó, y continuó su examen.

— Y estas ricas colgaduras, y esta alfombra, y estos cuadros preciosos, tanta plata y oro... Vuestros protectores, al parecer, son opulentos.

— Ya lo creo, dijo Elena sonriéndose; sin embargo, estos tapices y estas molduras que os admiran, como á mi me han admirado, son viejos y no se estilan, y los reemplazarán con otros mejores.

— Estoy viendo que Elena va á ser una dama poderosa, dijo Gastón esforzándose por sonreirse; ya me he visto precisado á hacer antesala.

— Querido amigo, ¿ no la haciais también en nuestro lago, cuando me esperabais en la barca horas enteras ?

— Entonces estabais en el convento, y sólo esperaba que os dejase vuestra madre la digna abadesa.

— Ese título es muy sagrado, ¿ no es verdad ?

— ¡ Oh ! sí.

— ¿ Os tranquiliza, os impone respeto y obediencia ?

— Sin duda.

— Pues bien, figuraos, cuál será mi alegría,

amigo mio; aqui he hallado la misma protección, el mismo cariño, todavía más poderoso, más sólido, más duradero.

— ¡ Cómo ! exclamó Gastón admirado.

— He encontrado...

— ¿ Á quién ?

— Á mi padre.

— ¡ Vuestro padre ! ... ¡ Cuán feliz me siento con lo que me decís ! Un padre que velará por mi amiga, por la elegida de mi corazón.

— En efecto, velará... pero de lejos.

— ¡ Cómo ! ¿ se aparta de vos ?

— ¡ Ah ! según parece, nos separa el mundo.

— ¿ Es un secreto ?

— Hasta para mí misma; ya comprenderéis que si no fuese así, os lo hubiera dicho todo.

— ¡ Algún infortunio de nacimiento... alguna persecución contra vuestra familia... ó quizás algún obstáculo pasajero !

— Lo ignoro.

— ¿ Conque verdaderamente es un secreto ? Pero, añadió sonriéndose : como confío en vos, os permito que me lo ocultéis si vuestro padre os lo ha mandado. No obstante, voy á haceros otra pregunta, ¿ no os incomodaréis ?

— ¡ Oh ! ¡ no !

— ¿ Estáis contenta ? ¿ es un padre de quien podéis estar satisfecha ?

— Así lo creo; su corazón parece noble y bueno, su voz es dulce y armoniosa.

— ¡ Su voz!... pero ¿se os parece?

— No lo sé; no lo he visto.

— ¿Decís que no le habéis visto?

— Sí; como era de noche...

— ¡ Un padre no ha procurado ver á su hija!... á vos, ¡ tan bella!... ¡ qué indiferencia!

— No lo creáis, amigo mío; no ha estado indiferente conmigo: me conoce; ya sabéis que tiene mi retrato, el que os dió tantos celos en la pasada primavera.

— Pero no comprendo...

— Os digo que era de noche.

— En ese caso se encienden luces, repuso Gastón con frialdad.

— Es verdad, pero cuando hay razones para no querer ser visto...

— ¡ Qué decís! replicó Gastón: ¿qué razones puede tener un padre para ocultarse de su hija?...

— Me parece que puede tenerlas muy poderosas; y vos, que sois una persona de talento, podéis adivinarlas mejor que yo: sin embargo, no me admiro...

— ¡ Oh! mi querida Elena, exclamó pensativo Gastón; ¡ qué me contáis!... ¡ qué incertidumbre acabáis de introducir en mi alma!...

— ¡ Vuestras palabras me asustan, amigo mío!

— Decidme, ¿de qué os ha hablado vuestro padre?

— Del amor que siempre me ha tenido.

Gastón hizo un movimiento.

— Me ha prometido que en adelante sería dichosa; que desde luego quería que cesase toda la incertidumbre de mi pasada suerte; que despreciaría todas las consideraciones que hasta ahora le habian movido á negar que tenia tal hija.

— Palabras... y solo palabras; mas ¿qué prueba os ha dado de ese amor?... Elena, perdonadme estas preguntas insensatas; preveo un abismo de desgracias; quisiera que por un momento, en vez de ese candor angelical, de que tan orgulloso estoy, tuvieseis la astucia infernal del espíritu maligno: entonces me comprenderiais, y no pasaria yo la humillación y vergüenza de ofender vuestra pureza con este interrogatorio, tan indispensable para nuestra futura felicidad.

— Gastón, no puedo contestaros, porque no comprendo lo que decís.

— Decid, ¿os ha manifestado mucho cariño?

— ¡ Oh! sí, mucho,

— Pero, en fin, en esa oscuridad, para hablar... para aproximarse á vos...

— Me tomó la mano, y la suya temblaba entre las mias.

Gastón cerró los puños trémulo de cólera.

— Y os ha abrazado paternalmente, ¿ no es verdad ?

— Me ha dado un beso en la frente ; un solo beso que he recibido de rodillas.

— ¡ Elena ! exclamó Gastón, ¡ Elena ! creo en mis presentimientos ; os engañan, sois víctima de una trama infernal. Ese hombre que se oculta, que teme que le veáis, que os llama hija suya, no es vuestro padre.

— Gastón, me destrozáis el corazón.

— Elena, las criaturas celestiales podrían envidiar vuestra inocencia, pero en la tierra se abusa de todo ; los ángeles han sido profanados é insultados muchas veces por los mortales ; ese hombre á quien conoceré, á quien no dudo encontrar y al que obligaré á tener confianza en el honor y en el cariño de una hija tan leal como vos, me dirá si no es el más vil de los seres creados, y si puedo llamarle mi padre, ó matarle como á un infame.

— Gastón, vuestra razón se extravía ; ¡ qué estáis diciendo ! ¿ por qué teméis tan horrorosa traición ? Y ya que despertáis mis sospechas, ya que ilumináis los innobles dédalos del corazón humano, que yo repugnaba examinar, os hablaré con la misma franqueza : ¿ no me tenía ese hombre en su poder ? ¿ no es suya esta casa ? ¿ no estarían prontos sus criados á ejecutar sus órdenes ?... Gastón, habéis concebido contra mi padre un mal pensamiento, de que me pediréis perdón si me amáis.

Gastón se dejó caer desesperado en un sitial.

— Amigo mío, no acibaréis la única alegría pura que he gozado en mi vida, cuya eterna soledad me ha arrancado tantas lágrimas, creyéndome abandonada para siempre, y sin otra afeción que aquella de que el cielo nos prohíbe ser pródigas. Dejad que el amor filial me indemnice de los remordimientos que siento á veces por amaros con una idolatría culpable.

— ¡ Elena, perdonadme ! exclamó Gastón ; si, decís bien, he empañado con mi contacto material vuestro puro gozo y el afecto, quizás noble, de vuestro padre ; pero en nombre de Dios, Elena, prestad por un momento oído á los temores de mi experiencia y de mi amor. No es la primera vez que las criminales pasiones del mundo especulan con la inocente credulidad. El argumento que os parece tan poderoso, es débil : apresurarse á manifestaros un amor tan culpable, sería una torpeza de que son incapaces los hábiles corruptores... pero arrancar poco á poco la virtud de vuestro corazón ; seduciros por medio del lujo, con los adornos que halagan á vuestra edad ; acostumbrar vuestra alma al placer, vuestros sentidos á nuevas impresiones ; engañar, en fin, por medio de la persuasión, es victoria más dulce que la que resulta de la violencia. ¡ Oh ! Elena querida, creed á mi prudencia de veinticinco años ; solo mi amor os habla ; mi amor, que humilde y atento obedecerá las

menores insinuaciones de vuestro padre cuando sepa que realmente lo es.

Elena bajó la cabeza y no contestó.

— Yo os lo suplico, continuó Gastón; no toméis ninguna resolución extrema; pero estad prevenida, y no dejéis de vigilar á los que os rodean. Desconfiad de los perfumes que os ofrezcan, del licor que os presenten en cinceladas copas, hasta del sueño que os permitan. Guardaos, Elena; ya sabéis que sois mi honor, mi felicidad, mi vida, mi todo.

— Amigo mío, os obedeceré; pero tened entendido que no por eso he de dejar de amar á mi padre.

— Y adorarle, si yo me engañase, Elena.

— Sois un amigo noble y generoso, querido Gastón... quedamos convenidos.

— Á la menor sospecha, escribidme...

— ¡Escribiros! ¿Acaso os vais?

— Voy á Paris á orillar ciertos asuntos de familia, de que ya os he enterado algo... Pararé en la fonda de *Los Toneles de Amor*, calle de Bourdonnais. Anotad estas señas, amiga mía, y no las enseñéis á nadie.

— ¿Y por qué tantas precauciones?

Gastón titubeó antes de contestar.

— Porque... si conociesen á vuestro defensor, en caso de que se formase algún proyecto contra vos, podrían desconcertar sus medios de socorremos.

— Vamos, vamos; veo también que estáis algo

misterioso, mi querido Gastón. Tengo un padre que se oculta, y un... amante (esta palabra me cuesta trabajo pronunciarla) que ya á ocultarse.

— Però, no ignoráis las intenciones de éste, contestó Gastón; procurando sonreirse para encubrir su turbación.

— ¡Ah! ya vuelve la señora Desroches..... ha abierto la primera puerta; quizás le haya parecido demasiado larga nuestra entrevista; amigo mío, estoy en tutela lo mismo que en el convento.

Gastón besó la mano que le tendía su hermosa amiga por despedida.

La señora Desroches entró. Elena hizo un saludo muy ceremonioso, que Gastón le devolvió con la misma seriedad; mientras tanto, la señora Desroches dirigía al joven miradas escudriñadoras, de las que debían resultar las más exactas señas que puede tomar un espía de un individuo sospechoso.

Después de esta entrevista, Gastón emprendió su marcha para Paris. Ovénle esperaba com impaciencia. Para que los luses no sonasen en su bolsa de cuero, los habia cosido en el forro de su calzón de ante. Tal vez, obrando así, quería acercarlos más á su persona.

Gastón llegó en tres horas á Paris. Esta vez Ovén no tuvo por qué quejarse de su lentitud, porque hombres y caballos llegaron bañados de sudor.